



Cuenta impaga

¡Uf!, por suerte el gordo no me alcanzó. Decí que es un gordito flácido con menos estado aeróbico que una ameba, pero sé que tarde o temprano nos vamos a encontrar. Hace tiempo me acecha, ya no sé qué hacer para despistarlo. Quizá dormido o capaz duchándome... no cabe duda que me atraparé.

Reconozco que es todo muy distinto a lo que alguna vez sin pensarlo pensé. Para ir en orden, las sorpresas que me llevé fueron: primero, siempre creí que él era ella, es decir que “el” era “la”, y la vicisitud del cambio de sexo no sé bien si asimilarlo como algo negativo o como algo positivo; digamos, si fuese femenino, como mi predeterminación esperaba, ya me asustaba, ahora que sé que es un ente masculino... la verdad no sé. Siguiendo con el orden de sorpresas que me llevé, y la coloco en segundo lugar aunque podría considerarla como la que más me impactó de entrada nomás, pues lo que me sorprendió como más llamativo fue el cambio de forma. Por ahí esto me llamó poderosamente la atención por un tema “cultural” o por una cuestión meramente tradicional porque desde chico, ya sea por un dibujo animado, una película, algún cuento e incluso alguna enciclopedia, siempre, siempre, la había visto flaca, muy flaca, desgarrada, raquítica, esquelética. En cambio ahora se me aparecía gordo, fofo, culón, cachetón y con una adormecedora cara de torta. Pero ¿por qué a mí?, o mejor dicho ¿por qué ahora?

No sé cómo pero esa tarde al verlo lo reconocí inmediatamente y eso es raro porque la ciudad está repleta de gordos con cara de chanta. Pero éste era único y aunque, como ya expliqué, en mi cabeza... la Muerte o la Parca, era femenina y esquelética, no un desagradable gordo vestido de traje, y lo que esperaba es que en la mano sostuviera una hoz, no un maletín. La Muerte que me perseguía en mis pesadillas se movía velozmente y era infatigable, jamás se detendría a descansar. Pero este gordo que me perseguía no podía seguirme ni media cuadra y traspiraba como esos gordos que se disfrazan de Papá Noel. Por un momento lo pensé, si era él, si se había afeitado y era él, aunque como siempre había sospechado la barba podía ser falsa y ahora que venía de civil aparecía afeitado. Motivos tendría, eso no lo voy a negar, no pocas veces blasfemé a sus renos a viva voz y más de una vez puse en tela de juicio su hombría aludiendo a la ausencia de una Mamá Noel. Nunca lo logré, pero creo que en dos años consecutivos estuve parte de la tarde del 24 de diciembre trabajando minuciosamente en los cables de las luces del arbolito de Navidad, procurando que el inadvertido gordinflón se quedase pegado después de dejarme el hermoso y tan esperado par de medias. Por la fecha podía ser, estábamos a mediados de diciembre, y quizá luego de meditar en su iglú había decidido limpiar un poco el camino de viejas amenazas y había arrancado la depuración por el Cono Sur, suponiendo que cuánto más avanzara diciembre, por acá abajo, el calor y la humedad se tornarían más pujantes.

En los lugares más inhóspitos, en los más húmedos y calurosos, me sentía más protegido. En esos desérticos, solitarios, menos frecuentados por transeúntes que evitaban agonizar bajo los taladrantes rayos del sol, yo estaba a salvo de su funesta presencia. En cambio, sabía que si circulaba a la sombra, cerca de piscinas o si me detenía a descansar en un cómodo sitio con aire acondicionado sería presa fácil del gordito. Igualmente tenía bien en claro, ya sea por las decenas de películas y cuentos que durante mi niñez transformaban las más plácidas noches en periodos de constante súplica deseando que la oscuridad desapareciera, o por los numerosos mitos escuchados, que era inevitable escapar de la Parca y que el huir solamente podía demorar, aunque no mucho, el ineludible y desafortunado encuentro. ¿Tenía sentido seguir vagando por circuitos inaguantables? Al fin y al cabo, tarde o temprano, nos encontraríamos y sería sólo estirar la fatídica confrontación. Esa pregunta me la hacía una y otra vez y ninguna de esas veces hallé respuesta a la cuestión.

Por fin y con siete u ocho kilos de menos tomé una decisión. Sí, por primera vez y sin hacer dieta, pesaba siete u ocho kilos menos, quizás eran nueve o más, no tenía tiempo de ir a pesarme. La cosa era, que entre el trajín bajo el sofocante calor y humedad de un despiadado diciembre, los nervios y el cargar con fatigosos atuendos, que creía que podían lograr

hacerme irreconocible (incluyendo el bigote falso), transpiraba canelones. Sumado a que ganas de comer a pleno rayo de sol, la verdad, no dan, estaba más flaco que Gandhi y con más hambre que “El Chavo del ocho”. Mi decisión creo que fue la correcta, igualmente no soy de los se quedan tratando de imaginar los resultados si la decisión hubiese sido otra. Ya está, no había espacio para arrepentimientos ni tiempo de escapar. Ahí nos encontrábamos, la Muerte con forma de un gordo cara de galleta y yo. Para ser sincero, si esa que tenía enfrente no era la Parca, y si en vez de ese gordo que rozaba lo aborrecible se hubiese parecido a Angelina Jolie o a esa de la que me enamoré, dicho encuentro le haría cosquillas a la cita ideal. El lugar escogido realmente era muy acogedor. Estábamos sentados en dos sillones extremadamente cómodos, la vista se entretenía observando el bello y colorido parque, a través del enorme y limpio ventanal, y el enorme acuario, de aguas de un profundo azul, que junto con diversos peces y atractivos invertebrados marinos, recreaban el fondo del océano. Las condiciones climáticas de la elegante confitería eran las deseadas para contrarrestar el agobiante calor que gobernaba las calles de la ciudad. Allí sentados frente a frente, intercambiando inquietas miradas, el mantecoso y yo disfrutábamos de frescos y ricos daiquiris. Yo picaba unos maníes con cáscara y, cuando le pedimos los tragos a la moza que obviamente no desentonaba con la hermosura del lugar, el mofletudo pidió una porción de torta, eligió una porción de la menos dietética de las tortas.

- Este cuerpito no se mantiene solo, acotó la Muerte, dirigiéndome por primera vez la palabra.

Las primeras palabras que la Parca me dedicó me decepcionaron un poco. Tantos años de callado respeto para que el gordo chantapufi me diga esa boludez, me sentí meramente desilusionado, cualquiera que escuchara a la tan temida Muerte refiriéndose así, de esa forma cuasi graciosa, a su contextura, le perdería el respeto de inmediato, si alguna vez se lo tuvo. Apuré los sorbos del exquisito daiquiri y, cuando la moza regresó con la considerable porción de torta, le pedí un fernet con cola con mucho fernet. El gordo, apenas habiéndole dado sólo un sorbo a su daiquiri, ordenó un mojito.

Hasta ahora mis suposiciones, para que se concretara la tan intimidante reunión, eran correctas: había escogido el sitio más idóneo de la ciudad. Me senté en una mesa para dos y sólo esperé diez minutos para que el gordito abriera la gruesa puerta de vidrio, ingresara y se sentara en mi mesa. Ahora bien, ¿de qué íbamos a hablar?, ¿había algo de qué hablar? Esas y otras dudas tenía pensado evacuarlas durante ese encuentro que ya había comenzado.

Luego de devorar, prácticamente, la empalagosa porción de torta sin siquiera mirarme y, ya habiendo consumido su daiquiri y más de la mitad del mojito, levantó la cabeza, me miró fijamente a los ojos y me dijo:

- Me comentaron que los martinis que hacen acá son estupendos, ¿pedimos un par?

Aún sin haber terminado mi fernet con cola y anonadado por la situación, accedí moviendo levemente la cabeza.

- Bueno mi amigo, nos podemos tutear, ¿no?

- Sí, supongo que sí. Nunca antes te había visto pero toda mi vida supe de tu existencia.

En ese momento apareció la moza, un poco sorprendida por la rapidez de los encargos. Mi compañero le ordenó amablemente los martinis.

- No te preocupes que yo invito, me aclaró por lo bajo.

- Para ser te sincero, en este momento y acá sentado frente a vos, hay cosas que me preocupan más.

Y sí, había muchas cosas que me preocupaban más que saber quién iba a pagar la cuenta. Aunque debo reconocer que, hasta ahora, las acotaciones realizadas por la Parca lograban descomprimir la situación y librarme un poco del nerviosismo que me asediaba. Digamos que los paupérrimos comentarios que el gordito profería no conseguían más que confirmar que, palabra tras palabra, la Muerte perdía el respeto que le supe tener. Ahora lo que crecía en mí era el temor de comenzar a subestimar a la Muerte. Varios libros me habían advertido que la Parca tiene jugarretas imprevisibles, y acaso este constante hacer que le perdiera el respeto fuera una de esas.

- No hace falta que me presente, ¿no?, pregunto el gordo después de haberle dado el último trago al mojito.

- No. No sé por qué, pero sé perfectamente quien sos.

La Parca no ocultó el orgullo que le generaba saber que era totalmente inconfundible, luciera como luciese. Sonrió echándose para atrás mientras observaba de reojo a la moza que venía con los martinis. Apenas la bella muchacha abandonó la mesa, tras haber dejado los tragos y haber retirado los altos vasos vacíos, agarró su martini, bebió no menos que la mitad y disimulando un eructo retomó la conversación:

- Es verdad, acá hacen martinis excelentes. ¿Te molesta si cuando acabo con el mío bebo el tuyo? Veo que aún estás con el fernet. Igual no te preocupes, cuando se acerque la moza le pido otro para vos. Aguantame que me voy a echar una meadita y vengo, concluyó la Muerte guiñándome un ojo.

La Muerte chupaba como una esponja, me invitaba tragos alcohólicos, disimulaba eructos, se iba a echar una meadita y ahora me guiñaba el ojo. Extravagante, poco serio, realmente muy distinto de lo que hubiese podido imaginar. Con la cabeza señalé mi martini y le aclaré:

- Todo tuyo gordo.

Esto era inaudito. Había llamado gordo, muy naturalmente, a la Muerte. Lo más raro del caso era que a ella no le había importado.

- Bue..., ahora sí, ya desagoté. ¿En qué andábamos?

- En que te ibas a tomar mi martini, le recordé asombrado.

- Ah sí.

Terminó de un trago el suyo, esta vez haciendo ruido, y agarró el mío. En una mano sostenía el vaso del que estaba bebiendo y levantando la otra llamó a la moza, a quien el asombro le abría cada vez más sus hermosos ojos verdes. Ni bien la chica estuvo cerca ordenó dos martinis más y continuó hablándome:

- Mirá Eugenio, mi trabajo suele ser sencillo, mis objetivos son muy claros. En este caso, por segunda o tercera vez en mi experimentada carrera haciendo de “la Muerte”, reconozco que se me complicó. Desconozco el motivo, no sé si por qué ya estoy medio cansada, si me llegó la hora de jubilarme o qué, pero la labor se me está haciendo muy cuesta arriba; encima querido, el calor que hace en tu zona... te lo regalo, acotó el gordo respaldándose, mientras deglutía el martini.

Descansó en el respaldo un momento, hasta ver que venía la moza con los tragos. Entonces se enderezó y corrió los vasos vacíos para que el lleno aterrizara en la mesa cerca de su boca. Cuando la chica se dio vuelta la quiso llamar y, no sé que tan sin querer, le tocó el culo. La empleada se volvió raudamente y él, sin más expresividad que Riquelme, le pidió, por favor, más maníes.

Yo ya empezaba a presentir que de ahí iba a salir vivo y cada vez me quedaba más tranquilo al recordar que mi compañero pagaría la cuenta. Esta vez apuré mi fernet y manoteé un martini, procurando no correr la misma suerte que con el anterior.

- Como te venía diciendo, prosiguió la Parca, las personas tienen que estar bien vivas para después morirse. Ya te habrás dado cuenta de cómo funciona la cosa: para disfrutar bien la comida un poco de hambre hay que tener, teniendo sed y calor la bebida fresca siempre es más gustosa, reflexionó el gordo mirando su vaso ya casi vacío. Y, en esta vida, es así casi con todo. La última frase la pronunció intercalándola con un molesto hipo. Proporcionalmente a su mal aliento, que empezaba a tornarse nauseabundo, e inversamente proporcional a la claridad y velocidad con las que enunciaba sus frases, éstas, paulatinamente, comenzaban a ser más interesantes.

- Como te decía, hay que estar bien vivo antes de estar completa y definitivamente muerto, continuó. Yo soy como esos jugadores que de visitante juegan mejor, esos que se agrandan cuando la adversidad aumenta. Que a la gente le moleste verme o saber que la acecho me facilita enormemente la faena. El fastidio, sí, eso, la seguridad de que las personas no me ignoran y se sienten fastidiosas ante mi presencia o ante el

conocimiento de mi pronta llegada, me da fuerzas para seguir vehementemente cumpliendo mi misión.

- ¿Disfrutás causando pánico?, indagué.

- Por favor, no sintetices así mi sincera explicación, me solicitó haciendo un gran esfuerzo para que su rostro lograra apariencia seria. Trataré de explicarte, dijo mirando su vaso vacío y el mío con unas pocas gotas. Por ejemplo, siguió con su explicación mientras levantaba la mano para llamar a la moza, ir a visitar a un suicida, a un enfermo terminal o a un condenado a muerte no me incentiva. Ya estoy para otras tareas, esas quedan para Parcas principiantes.

La moza se acercó a la mesa, está vez tomando la precaución de no darle la espalda al gordo en ningún momento. Sin consultarme y sin disimular conocer mis gustos el gordito ordenó dos gin tonic.

- Creo que algo de lo que decís comprendo, pero, por más que me esfuerce, no logro entender ¿por qué te me aparecés a mí?, ¿y por qué ahora?

- Eugenio, te conozco bien y sé que no sos boludo así que traté de entenderme un poquito. Estoy haciendo una gran excepción con vos, ya estoy bien metida en esto... prestá atención porque te contaré detalles que los humanos desconocen. Pero antes tengo que ir a cambiarle el agua al canario, aclaró soltando una sonrisa muy natural.

Yo también tenía muchas ganas de ir al baño pero, por temor a ver imágenes que podrían quedar eternamente grabadas en mi mente, preferí esperar que volviese. Aprovechando la ausencia del gordito pervertido la muchacha dejó los gin tonic, cambió el recipiente con maníes y retiró los vacíos.

- ¡Aahh!, hice un rí, sonrió el gordo, ahora mucho más suelto.

- Ahora iré yo a visitar los sanitarios.

- Vaya vaya... y mandale saludos a sacu... sacu sacu... sacudila, aclaró riéndose de su propio chiste.

Cuando volví, el risueño gordito estaba tomando su gin tonic. Mi vaso, el cual yo no había tocado, estaba, sospechosamente, no lleno hasta el borde.

- Retomando... ¿qué es lo que los humanos desconocemos?, pregunté arrimándome bien a la mesa.

- Te cuento, apoyó el vaso para poder gesticular con comodidad. En mi época, luego de aprobar el curso y los duros exámenes, nos graduábamos de "Muerte". Ahora, con las nuevas autoridades, creo que varió un poco pero el sistema de promoción sigue siendo prácticamente el mismo, Una vez que terminábamos los papeleríos burocráticos, existen en todos lados, se nos daba una larga lista, mucho más grande de lo que te debés estar imaginando, de las personas que debíamos visitar. La lista determina la fecha y hora exactas de los encuentros, allí también se

encuentra el acceso que nos permite conocer, minuciosamente, los detalles de sus vidas. ¡Ojo!, su vida la van escribiendo ustedes, nosotros espiamos los hechos ya consumados, no predecimos el futuro.

Lo escuchaba totalmente pasmado y ahora era yo quien, sin interrumpir a mi interlocutor, alzaba la mano llamando a la moza. Cuando ésta llegó, como si fuera él quien la había llamado, le pidió dos destornilladores con poco hielo.

- Nuestro mayor mérito, prosiguió, es pasar inadvertidas frente al mundo que rodea a nuestro efímero anfitrión. Es decir, los demás mortales nos verían como el último cigarrillo que fuma el fumador empedernido, como la bala que mata al ladrón, el último vaso de vino que bebe el alcohólico, el cirujano que no puede salvar a su paciente, la bomba que extermina al islámico, el último gramo de droga que ingiere el adicto, la yarará que muerde al desprotegido hachero, el pico de presión que aniquila al estresado, etc etc. ¿Me explico?

- Perfectamente, contesté mientras tomaba de mi destornillador que la moza dejó sobre la mesa sin que me diera cuenta.

- Eugenio, vos ocupás uno de los últimos lugares de mi inacabable lista. He acumulado muchísima experiencia y a tu vida la estudié mejor que a ninguna. Y te confieso que no la comprendo. A veces tengo la sensación de haberme perdido de leer algunas páginas, pero la he releído unas cuantas veces y me aseguré de no haber cometido ese error. Me tomé el atrevimiento de visitarte antes de la fecha señalada en mi lista. Hoy tenés 39 años y aún te quedan muchos por vivir. No te pienso decir exactamente cuántos. Pero me daría mucha lástima que llegue la fecha que indica la lista y que no le hayas sacado jugo a la vida. ...Y muy contrariamente a lo que vos insinuaste yo no disfruto causando pánico.

- Disculpá.

Fue el “disculpá” más sincero y espontáneo que había expresado en mi vida.

- No hay problema.....Eugenio, dijo con un tono que era mezcla de enojo y tristeza. Desde que empezaste a verme, a desvanecer definitivamente las dudas sobre mi existencia, a saber que te estaba buscando; nunca sentiste miedo. Sé que hiciste lo posible para no cruzarte conmigo, eso es natural en todos los humanos, es parte de la rutina cotidiana evitar mi presencia, pero miedo, temor como el que siente al verme el que ama la vida... no tuviste Euge.

Asentí, meditabundo, casi imperceptiblemente con la cabeza.

- Realmente quiere vivir el que me teme, el que no me ignora, aquel al que mi presencia no le es indiferente, continuó desahogándose la Parca. Es imposible pensar o creer y disfrutar de la vida sin estar plenamente convencido de que algún día llegaré. Eugenio, pensá en la vida como si fuese un océano, es muy difícil atravesar un gran cuerpo de agua sólo

haciendo la plancha. Hace falta remar, con los remos que uno tenga, a veces también sin ellos, con las orejas si hace falta. Y, obviamente, sin olvidarse de hacer la plancha, pero asegurándose siempre que durante ese vagar placentero, mientras reposan los remos, el rumbo sigue siendo el deseado. Enamorate de la vida pibe. Arriesgate. Tratá de alcanzar tus sueños. La vida es aquí y ahora. No me llames. No desees mi llegada. Al final del camino nos encontraremos, gozá al transitarlo, en él podés hacer o intentar hacer muchas cosas, pero nunca regresar. Odiame, teneme mucho miedo y respeto. Pero no te olvidés que te vas a ir de esta vida conmigo. No tengo ningún amigo y no quiero que seas el primero. No hago con vos esta excepción ni porque sea altruista ni porque te quiera, todo lo contrario, lo hago para estar seguro de que cuando venga a buscarte definitivamente no vas a sentir el menor deseo de venir conmigo. ...Ah, Eugenio, un consejo de compañero de copas, no te vivas ocultando, ni te protejas desmesuradamente, cuando sea el preciso momento que índica la lista vendré, te encontraré y nos iremos juntos, no te quepa duda.

El gordo agarró su maletín, lo abrió y de él sacó un extraño lápiz y junto con una servilleta me los alcanzó diciendo:

- Escribí en esta servilleta la fecha en la que presentís que nos volveremos a ver. Yo te digo si nuestro encuentro será antes o después del día estimado por vos.

- Tengo la esperanza que sea dentro de mucho, pero ni loco quiero averiguarlo, le aclaré mirándola a los ojos, mientras destrozaba la servilleta como si ésta contuviera la indeseada fecha.

La Muerte sonrió satisfecha, guardó su raro lápiz, se aseguró de vaciar completamente el vaso donde estaba su destornillador y también lo guardó. Con dificultad se puso de pie y me estiró la mano. Se la estreché sin dudarle.

- No me habrás creído que te iba a invitar, dijo con inigualable cara de pícara.

Acto seguido salió corriendo del local y, como lo hizo con un zigzaguear impredecible, tumbó varias sillas y mesas a su paso.

Yo sentí que, paradójicamente, la Muerte me había salvado la vida.

Al apreciar la escandalosa retirada, la bonita moza se acercó a la mesa. Me paré, la besé apasionadamente y también salí corriendo.

Martín